

**Jesús Campos García, “Cuaderno de bitácora”, en: *La fiera corrupta*, Bilbao, Centro de Documentación de Títeres de Bilbao, 2009, pp. 95-99.**

Cuando nos ponemos a escribir, generalmente lo hacemos pensando en algún colectivo o en alguien más o menos concreto; en nuestro “espectador modelo” (que diría Eco), por más que tal entelequia no siempre tenga cara, sino que, las más de las veces, su identidad es tan imprecisa como la obra en ciernes con la que tratamos de comunicarnos con él. Vamos, que tanto la obra como su destinatario son fruto de nuestra imaginación.

Sin entrar aquí a marear sobre si hay que identificar o no al “espectador modelo”, el hecho cierto es que, en las dos ocasiones en las que me he dirigido a un público infantil, se dio la circunstancia de que había niños cerca. En 1978, con mis hijos de muy corta edad, escribo y pongo en escena *Blancanieves y los 7 enanitos gigantes*; y en 2003, tras el nacimiento de mis primeros nietos, *La fiera corrupta*. Democracia y droga: dos discursos y dos historias que se generan, a buen seguro, por el deseo de hablarles de lo que más me inquietaba en esos momentos, y de hacerlo en los términos que, en mi opinión, mejor podían entender.

Por otra parte, San Jorge y el dragón era un tema obligado. La historia que siempre supe que tenía que escribir. Entre las muchas experiencias que fueron edificando mi afición al teatro, recuerdo con especial cariño un teatrillo de cartón –que, según he sabido después, editó Seix Barral– con el que representé de niño, texto en mano y moviendo los recortables, la legendaria historia.

Había, además, otra resonancia de la infancia: “el Lagarto de Jaén” –para mí, prácticamente un vecino–, que reventó porque, al parecer, un San Jorge local le dio pólvora en la comida –esto avalará la tesis de que cada cual debe dar muerte a sus propios dragones–. Suceso que, cuando me lo contaron, me pareció de lo más creíble, pues no había ocurrido en decorados de cartón, sino en una cueva de piedra que conocía muy bien (por más que yo la confundiera con otra que hay frente al Seminario que, por su forma de embudo, me parecía más apropiada para un reptil). Y tan convencido estaba de la veracidad del suceso que, en más de una ocasión, entré en los sótanos de la catedral (entonces las puertas se cerraban menos) buscando su piel, en

la creencia de que estaba allí. Me intrigaba saber si el aspecto de la fiera era tan terrorífico como el del recortable. Y si bien no la encontré, luego supe que no, pues, al parecer, el lagarto que aterró a Jaén en el siglo XVII no era sino un caimán traído de América que sorprendió a su dueño –dichosas mascotas– creciendo más de lo previsto.

Con tal bagaje (juegos, intrigas y emociones varias), era de prever que algún dragón acabaría siendo protagonista de alguna de mis obras; por lo que sólo era cuestión de esperar; que el impulso, o la necesidad, si tenía que venir, vendría cuando viniera; pues escribir, al menos para mí, no es un ejercicio de voluntad, sino de oportunidad.

Conocer los valores simbólicos de la leyenda (en la que la ciudad fortificada es el individuo y el dragón los males que le acosan), operó, en principio, como un antídoto; pues, por interesante que sea el tema, no hay nada tan aburrido como entrar a resolver una cuestión resuelta. Tuvieron que producirse otros acontecimientos de índole personal para que intuyera una nueva lectura (más dolorosa), en la que la ciudad volvía a ser la ciudad, en esta ocasión, acosada por la droga. Dragón al que, en aras de la economía, la sociedad debía pagar el tributo de su juventud. Fue entonces cuando, con esta doble motivación (las resonancias de la infancia junto a vivencias más recientes), me puse a reescribir lo que siempre había tenido por un cuento, y que, desde esta nueva perspectiva, tal como se concluye en la propia obra, no lo era. Y lo hice, sometiendo lo imaginado tanto a las leyes escénicas (espacio, imagen, ritmo...) como a los condicionantes de la producción.

El primero y fundamental, el reparto. El elenco que hubiera sido necesario para escenificar una historia así no lo contratan ya ni los teatros de producción oficial (lo que no iba a ser el caso, al no ser “autor del régimen”); por eso, desde el primer momento, tuve claro que tendría que recurrir a la muñequería. Y fue así como, para allanar escollos, vinieron en mi auxilio fantoches, títeres y marionetas de toda suerte y condición; aunque, eso sí, imponiendo, como no podía ser de otro modo, sus propios códigos escénicos; muy especialmente, en lo que al lenguaje se refiere.

Establecidas las reglas del juego, la obra se escribió con una facilidad que ya hubiese querido para su posterior producción y distribución. Como ya me temía desde el principio, los presupuestos que los teatros municipales dedican a las representaciones para niños y jóvenes apenas dan para un par de actores con una manta; recursos que,

en ocasiones, son más que suficientes para hacer un gran trabajo, pero que no era el caso. Setenta marionetas, siete intérpretes y cuatro técnicos, aunque las primeras no coman, es mucha tralla. Por lo que, prevenido y todo, fue la producción el talón de Aquiles de este proyecto.

Aun así, faltaría a la verdad si dijera que la mala distribución de la obra se debió solo a razones presupuestarias; porque, aunque este fue el argumento generalmente empleado para desestimarla, tras las negativas era fácil adivinar motivaciones de carácter ideológico, dado que el espectáculo fue cuestionado tanto desde posiciones progresistas como conservadoras.

Su carácter didáctico fue el defecto que le achacaron los "progres". Los mismos que, a buen seguro, no ven didactismo en las obras que tratan de antibelicismo, de salvar a las ballenas, de evitar que se talen los árboles, de condenar el racismo, o de dar al divorcio carácter de normalidad; sí vieron didactismo cuando se trataba de prevenir la drogadicción. Y está bien que lo vean, porque lo hay. El didactismo está implícito en el punto de vista. Y no digo con esto que haya que hacer teatro didáctico; faltaría más. Hay que crear un discurso de emociones, comunicar a través del juego, aunque, indefectiblemente, cada juego es generado por una ideología, transmite una ideología y genera una ideología. Negarlo sería necedad. Otra cuestión, ya, es que haya quien, anclado en el 68, equipare el posicionamiento antidroga con las consignas del teatro didáctico que propició el *nacional-catolicismo*. No me corresponde a mí aventurar cuáles son las causas que dan lugar a esta confusión, pero ya va siendo hora de superar ciertos clichés; vamos, digo yo.

Desde el ámbito conservador, la reacción fue aún más rocambolesca. Viendo que los cauces normales de programación no funcionaban, me dirigí al Área de Asuntos Sociales del Ayuntamiento de Madrid, por si les interesaba incluirlo en sus campañas antidroga. La verdad es que la propuesta les entusiasmó. Hasta que asistieron a un ensayo.

En su opinión (si es que puede llamarse opinión a cuatro frases cargadas de violencia), que fuera el Consejero, disfrazado de Merca, quien trapicheaba con la droga no era educativo, pues daba argumentos a los jóvenes para justificar el consumo. Jamás lo hubiera imaginado, pues siempre pensé que es mejor decir la verdad. Y no es ningún

secreto: el poder –no tanto el político como el económico-, en más de una ocasión, ha estado implicado en operaciones de blanqueo. Mas como mi interés no era el de denunciar lo que ya está más que denunciado, sino el de ayudar a la prevención, abierto a cualquier sugerencia, solicité que me pasaran el informe que, según me dijeron, había emitido una comisión de expertos. Mas fue pedir el informe y, casi de inmediato, me colgaron sin más; siendo imposible, a partir de ese momento, que nadie se pusiera al teléfono.

Ni unos ni otros se cuestionaron los valores escénicos del espectáculo; es más, ni siquiera se planteó la cuestión, pues el debate soterrado que aún se mantiene desde ambas posiciones en torno al tema no dejó espacio para más. Y puedo entender ambas posturas; lo que no significa que las comparta.

En mi defensa, añadiré que, puede que la obra, pese a su tratamiento lúdico, tenga un trasfondo didáctico. Bien, ¿y qué?, Pero no pernicioso. Asumo que mi punto de vista no se corresponde con los clichés de uno u otro bando, sino que responde a posiciones críticas, y a vivencias personales que me relacionan con el tema en sus raíces. Cierto que el público al que me dirijo es extremadamente vulnerable, mas no por eso vamos a andarnos por las ramas. En mi opinión, lo realmente pernicioso sería falsear la realidad; ocultar el dato con el pretexto de la vulnerabilidad. Y estoy tan convencido de que hay que transmitir la idea del no a la droga como de que hay que hacerlo “jugando” con la verdad. Y el que se pique, ajos come.

Por fortuna, existen otros cauces de difusión, más difíciles de obturar. Los comentarios que me llegaron de quienes conocieron la obra a través de Internet ponen de relieve que, por fortuna, hay otras mentalidades menos angostas que las de los programadores y expertos. Espero que la edición tradicional que aquí se acomete encuentre lectores igualmente relajados y sin prejuicios, capaces de afrontar la lectura con mejor disposición.